

t. 15, en 12º, p. 428. Otras personas de consideracion han sido acusadas del mismo crimen.

A pesar de las luces que los filósofos se alaban de haber derramado en nuestro siglo, la creencia en los *maleficios* es aun bastante comun entre los habitantes de las campiñas. Están persuadidos que los que llaman *hechiceros* pueden hacer caer el granizo y el rayo, comunicar enfermedades á los hombres y animales (1), agotar el manantial de la leche ó agriarla, hacer á las personas casadas incapaces de usar del matrimonio, excitar contra ellas una enemistad incurable, etc. Esta falsa creencia da lugar á varios desórdenes; hace nacer sospechas, acusaciones, odios injustos; autoriza á los esposos futuros á prevenir el matrimonio, con pretexto de ponerse á cubierto de los *maleficios*; para impedir sus efectos, hace recurrir á la magia, como si fuera permitido hacer cesar un crimen por medio de otro, etc. Conviene, pues, que los pastores sean instruidos y estén bien convencidos de la ineficacia de los *maleficios* y otras prácticas supersticiosas, para que puedan desengañar al pueblo, y disipar sus vanos terrores con los grandes principios de religion.

Los únicos medios de preservarse ó librarse de los *maleficios*, verdaderos ó imaginarios, son las bendiciones, las oraciones, los exorcismos de la Iglesia, la recepcion de los sacramentos, el santo sacrificio de la misa, el ayuno, la limosna, las buenas obras, la señal de la cruz, la confianza en el poder de Jesucristo y en la intercesion de los santos. Véase MAGIA.

Maldad, malo. La revelacion nos enseña que el hombre decaido de la justicia original por el pecado de Adan, viene al mundo con una concupiscencia desenfrenada, con pasiones violentas, rebeldes á la razon, y difíciles de domar; que tiene por consiguiente mas inclinacion al mal que al bien, mas tendencia á ser malo que á ser bueno. « Los pensamientos y los sentimientos del corazon del hombre, dice la Escritura Sagrada, se inclinan al mal desde su juventud. » *Gén.*, VIII, 21. Esta triste verdad se halla demasiado confirmada por la experiencia, pues que se ven todas las muestras de las pasiones, de la envidia, de la impaciencia, de la obstinacion, de la cólera y del odio en los niños de menor edad. Los pelagianos, que disputaban sobre este punto, combatian á la

(1) En la ilustrada Francia he presenciado ejemplos vergonzosos de todas estas supersticiones, no obstante el celo de los curas y vicarios.

vez la palabra de Dios y el sentimiento interior.

Los filósofos incrédulos, no menos obstinados, están divididos sobre este punto: los unos sostienen que la compasion natural en el hombre, la prontitud con que acude á los gritos de una persona que padece, la multitud de establecimientos fundados entre nosotros para aliviar la desgracia, demuestran que el hombre ha nacido bueno. Otros han pretendido que no es por su naturaleza bueno ni malo, pero dispuesto á ser lo uno y lo otro, segun sea mal educado y dirigido. Varios han dicho que la naturaleza del hombre es irreformable, que el carácter de cada individuo nunca cambia. ¿Qué opinion seguir despues de tantas teorías?

Para juzgar del fondo de la naturaleza humana, es evidente desde luego que no debemos considerarla entre las naciones cristianas y civilizadas, en que el hombre imbuido desde la niñez en lecciones, ejemplos, preceptos, hábitos que tienden á reprimir las pasiones y subyugarlas, se hace deudor de sus virtudes á los auxilios exteriores que ha recibido, sin tener en cuenta las gracias interiores que Dios le ha hecho. A no ser que todos los hombres de semejante sociedad hayan nacido incorregibles, es imposible que el mayor número no contraiga mas ó menos inclinacion al bien que no tenia al nacer. Los actos de caridad y de otras virtudes practicadas entre nosotros no prueban por lo tanto nuestra bondad natural, sino mas bien una bondad adquirida, puesto que no advertimos lo mismo en las naciones infieles.

Por otra parte, un salvaje abandonado desde la niñez, educado entre los animales en las selvas, se parece á ellos mas bien que á un hombre; en él son indomables las pasiones y basta el menor objeto para exaltarlas. Afectado únicamente por el presente como los niños, pasa con rapidez de uno á otro exceso, y no puede tenerse en él confianza alguna. El temor que le da su inexperiencia basta para hacerle considerar como enemigo á todo hombre á quien aun no haya visto; es difícil conocer en un ser constituido de esta suerte un carácter naturalmente bueno. Confesamos, es verdad, que la vida salvaje es contraria á la naturaleza humana, puesto que Dios ha criado al hombre para vivir en sociedad; pero no se sigue de aquí que los vicios de un salvaje no provengan del mismo fondo de su naturaleza.

Es otra pretension quimérica atribuir los que reinan entre nosotros á la imperfeccion de nuestras leyes civiles, políticas y religio-

sas, á los defectos esenciales de la educacion y del gobierno. Estas instituciones tomadas en su totalidad ¿han sido nunca mejores en otra nacion alguna que entre nosotros? Nuestros filósofos reformadores, queriéndolo mudar todo, pretenden alcanzar una perfeccion á que hace seis mil años no ha podido llegar el género humano. Cuando se considera el modo de razonar que tienen, se reconoce uno muy fundado para dudar del prodigio que se lisonjean de poder obrar.

Si fuera verdad que todas nuestras instituciones son aun muy imperfectas, seria preciso inferir que los hombres que trabajan hace seis mil años para perfeccionarse, son muy torpes, puesto que han adelantado tan poco; que si no son naturalmente malos, son por lo menos muy estúpidos; y no seria fácil concebir cómo unos seres inteligentes, inclinados por sí mismos á hacer el bien, tienen tanta dificultad en conocerlo.

Dicese que los vicios de los que gobiernan son la causa de todos los males de la humanidad; supongámoslo por un momento. Como estos males han sido casi siempre los mismos, resulta que todos los que han gobernado desde el principio del mundo han sido viciosos. Es un argumento bastante bueno para concluir que si nuestros filósofos censores, reformadores, restauradores gobiernasen, serian tan viciosos y mas tal vez que los que gobiernan ó han gobernado. Ahora bien; nosotros preguntamos, ¿en qué sentido un hombre que nunca deja de abusar del poder desde el momento que lo posee, y de ser vicioso cuando gobierna, es sin embargo naturalmente bueno?

Ya que la revelacion, una experiencia de sesenta siglos, el sentimiento íntimo y las confesiones de nuestros adversarios concurren á probar que el hombre es naturalmente mas inclinado al mal que al bien, nos parece que estamos bastante fundados para creerlo, y que no hemos hecho mal en partir de este principio para probar á los pelagianos la necesidad de la gracia divina, para hacer las buenas obras útiles á la salvacion, y sobre todo para perseverar en el bien hasta el fin. Tambien tenemos derecho de oponerlo á los socinianos, cuando pretenden que no se ha establecido con solidez contra los pelagianos la degradacion de la naturaleza humana por el pecado de Adan, la necesidad del bautismo, de la gracia, de la redencion, etc. Aquí se halla necesariamente enlazada la cuestion filosófica á la teológica.

* **Malgachos.** Los diferentes pueblos de

la isla de Madagascar difieren de religion así como de costumbres. Los ovas reconocen por divinidades á dos seres constantemente en guerra el uno contra el otro: Jankar, el buen genio, que inspira á los hombres el amor de la justicia y del bien; Agathic, el mal genio, que se emplea en destruir las impresiones virtuosas que el corazon humano recibe de Jankar, y que desarrolla todas las tendencias viciosas ó criminales. Cuando el gran juez pronuncia una sentencia de muerte, consagra el criminal á Agathic. Los ovas tenian la costumbre inmemorial de ofrecer sacrificios humanos á este Dios del mal; y algunas madres, extraviadas por el fanatismo de las creencias cabalísticas, consagraban á las fieras sus niños nacidos bajo la influencia de un astro maléfico; pero Radama, rey de los ovas muerto en 1828, hizo mas de un esfuerzo para destruir esta costumbre odiosa. Este conquistador *malgacho* erigió en Tananariva un templo al dios Jankar; es el único edificio religioso de los ovas.

Mambré. Es el nombre de un valle muy fértil y muy delicioso de la Palestina, en las cercanías de Hebron, y á unas treinta y una millas de Jerusalem. Este sitio es célebre en la Escritura Sagrada por la mansion que el patriarca Abraham hizo en él bajo tiendas, despues de haberse separado de su sobrino Lot, y mas aun por la visita que recibió de tres ángeles que le anunciaron el nacimiento milagroso de Isaac. *Gén.*, XVIII.

La encina ó el terebinto, bajo el cual recibió aquel patriarca á los ángeles, ha estado en mucha veneracion entre los antiguos hebreos; S. Jerónimo asegura que en su tiempo, es decir, en el reinado de Constancio el Joven, aun se veia aquel árbol respetable; y si hemos de dar crédito á algunos viajeros, el terebinto, aunque destruido, habia brotado otros de su mismo tronco, los cuales se enseñaban para indicar el paraje donde habia estado. Las fábulas que sobre este árbol han forjado los rabinos no merecen la pena de ser mencionadas.

El respeto que se tenia á este paraje atrajo tan numeroso concurso de pueblo, que los judíos, naturalmente inclinados al comercio, establecieron en él una feria que llegó á hacerse famosa. S. Jerónimo, *in Jerem.*, c. 31, *in Zach.*, c. 10, asegura que despues de la guerra hecha por Adriano á los judíos, se vendieron en la feria de Mambré un gran número de cautivos, á muy bajo precio; los que no se vendieron se trasportaron á Egipto, donde perecieron de hambre y de

miseria. Tal era la humanidad de los romanos; nunca los emperadores cristianos han cometido semejante barbarie.

Los judíos venían á Mambré para celebrar allí la memoria de su padre Abraham; los cristianos orientales, persuadidos de que el ángel que había dirigido la palabra á aquel patriarca era el Verbo eterno, iban con el respeto religioso que es debido al divino Consumador de nuestra fe. En cuanto á los paganos que creían en las apariciones de los dioses y que referían todas las historias á sus preocupaciones, erigieron allí altares, colocaron ídolos y ofrecieron sacrificios.

Sozomeno, *Hist. ecl.*, l. 2, c. 4, hablando de las fiestas de Mambré, dice que aquel sitio estaba en la mayor veneración; que todos los que le frecuentaban hubieran temido exponerse á la venganza divina, si lo hubiesen profanado, que no se atrevían á cometer en él impureza alguna, ni tener comercio con las mujeres. Por el contrario, Eusebio, l. 3, *de vitá Constant.*, c. 52, y Sócrates, *Hist.*, l. 4, c. 18, dicen que Eutropia, siria de nación, y madre de la emperatriz Fausta, habiendo visto las supersticiones y los desórdenes que se cometían en Mambré, lo escribió al emperador Constantino, su yerno, quien mandó al conde Acacio hacer quemar los ídolos, derribar los altares, y castigar á todos los que en lo sucesivo cometiesen alguna impiedad bajo el terebinto; que hizo edificar allí una iglesia, y ordenó al obispo de Cesarea que cuidase de que todo se hiciera allí con la mayor decencia.

Sin razón ha creído un crítico moderno encontrar diferencia entre los tres historiadores; los dos últimos hablan de lo que se hacía en Mambré antes que Constantino hubiese puesto aquello en orden; Sozomeno, mas moderno, refiere lo que allí se veía desde que el emperador lo había reformado; dice precisamente lo mismo que los otros dos; puede uno convencerse de ello confrontando su narración.

Mammilares. Secta de anabaptistas, formada en la ciudad de Harlem, en Holanda, no se sabe en qué tiempo. Debe su origen á la libertad que se tomó un jóven de poner la mano en el pecho de una muchacha con quien quería casarse. Habiéndose tratado de esta cuestión en el consistorio de los anabaptistas, los unos sostuvieron que el jóven debía ser excomulgado; otros no juzgaron la culpa bastante grave para merecer la excomunión. Esto causó una división entre ellos; los mas severos dieron á los demás el nombre odioso de *mammilares*. Esto no indica que

haya mucha unión, caridad y buen sentido entre los anabaptistas.

Mammona. Voz siríaca que significa dinero, moneda, riquezas; se deriva de *man*, *mon*, cuenta ó número. En S. Mateo, vi, 24, Jesucristo dice que no se puede servir á Dios y á las riquezas, *mammonæ*.

En S. Lucas, xvi, 9, el Salvador, despues de haber citado el ejemplo del mayordomo infiel, que se procuró amigos haciéndoles gracia de una parte de lo que debían á su amo, dice á sus oyentes: «Haced amigos con las riquezas de iniquidad, » *de mammoná iniquitatis*. De aquí varios incrédulos han deducido que Jesucristo proponía un ejemplo muy malo, y daba una lección perniciosa, aconsejando á los judíos que se procurasen amigos con las riquezas adquiridas injustamente, como si fuera permitido dar limosna con el bien del prójimo.

¿Pero está bien probado que *mammona iniquitatis* signifique riquezas adquiridas injustamente? Designa evidentemente riquezas falsas y engañosas, moneda de mala ley, puesto que Jesucristo las opone á las verdaderas riquezas: *quod verum est quis credet vobis?* En hebreo, en siríaco y en árabe, la misma voz significa verdadero y verdad, justo y justicia, porque la justicia no engaña. Ps. LXXXIV, 11: «La misericordia y la justicia, *veritas*, se han encontrado, la equidad y la paz se han abrazado, etc.»

Es evidente, por otra parte, que no se debe insistir sobre todas las circunstancias de la parábola de que se sirvió Jesucristo; el mayordomo infiel no poseía riquezas, puesto que perdonaba algo á los deudores de su amo, para que le recibiesen en su casa, cuando se viese privado de la administración. El designio del Salvador era inspirar á los hombres el desprendimiento de los bienes de este mundo, con mayor razón apartarlos de toda injusticia, bien en la adquisición, bien en el uso de las riquezas.

Maná del desierto. Cuando los israelitas, despues de haber salido de Egipto y llegado al desierto de Siná, se vieron instigados por el hambre, murmuraron y se quejaron por no encontrar qué comer. Leemos en el *Éxodo*, xvi, que cayó por la mañana un abundante rocío en su campamento, y se vió la tierra cubierta de menudos granos, semejantes á la escarcha. Ahí teneis, dijo Moisés á los israelitas, el pan ó el alimento que os da Dios. El historiador sagrado añade que el *maná* se parecía al grano de coriandro blanco, y que tenía el gusto de la harina mas fina mezclada con miel. También se dice, *Núm.*,

xi, 7, que el pueblo, despues de haberlo recogido, lo quebrantaba con la muela, ó lo picaba en un mortero, y haciéndolo cocer en un puchero, hacía tortas que tenían el gusto de pan amasado con aceite.

No creemos que sea muy necesario disertar sobre la etimología de la voz hebrea *man*; es un monosilabo, palabra primitiva, que en las lenguas antiguas y modernas significa lo que se come, el alimento. Es verdad que Moisés, *Éxodo*, xvi, 15, atribuye al parecer este nombre al asombro de los israelitas, quienes al ver el *maná* por la vez primera, dijeron *man hu*, ¿qué es esto? Pero el texto hebreo puede tener otro sentido.

Algunos literatos han querido persuadir que el *maná* nada tenía de milagroso, porque todavía cae hoy día, ó bien en el desierto de Siná, ó bien en otros parajes de la Palestina, en Persia y en Arabia. Es, dicen ellos, una especie de miel, y este alimento podía perder su virtud purgante en los estómagos que á él se habían acostumbrado.

Es evidente que esta conjetura no tiene peso ninguno. Niebuhr, en su *Viaje de Arabia*, dice que se recoge en Ispahan, en una pequeña zarza espinosa, una especie de *maná* bastante parecido al de los israelitas, pero no tiene las mismas propiedades, y ese mismo viajero no vió otra semejante en el desierto de Siná. Por mas que se examinen todas las especies de *maná* conocido, no se encontrará ninguna que se parezca á la que Dios enviaba á su pueblo; siempre resultará de ahí que este último era milagroso.

En Oriente y en otros parajes, el *maná* comun no cae mas que en ciertas épocas del año; el del desierto caía todos los días, excepto el sábado, y este fenómeno duró por espacio de cuarenta años, hasta que los israelitas estuvieron en posesión de la tierra de promisión. El *maná* comun cae solo en corta cantidad é insensiblemente; puede conservarse bastante tiempo, y es un remedio mas bien que un alimento; pero el del desierto aparecía de repente, y en cantidad bastante considerable para alimentar á un pueblo entero compuesto de cerca de dos millones de hombres; no solo se derretía al sol, sino que se corrompía á las veinticuatro horas. Se mandaba al pueblo que solo recogiese el *maná* para el día; que se tomase para cada persona una medida igual, que consistía en un gomor, unas tres pintas; que se cogiese el doble la víspera del sábado, porque en este día no caía, y entonces no se corrompía. Todas estas circunstancias no podían acaecer naturalmente.

III.

Con razón, pues, hizo considerar Moisés á los hebreos este alimento como milagroso, diciéndoles que había sido desconocido por sus padres, y que el mismo Dios se dignaba prepararlo. *Deut.*, viii, 3. Por eso mismo mandó Dios que se conservase un poco en un vaso, que se colocó al lado del arca en el tabernáculo, para perpetuar la memoria de este beneficio.

Varios intérpretes han tomado á la letra lo que del *maná* se dice en el libro de la *Sabiduría*, que tenía todos los deleites del gusto y toda la dulzura de los alimentos mas exquisitos, que se proporcionaba al apetito de los que lo comían, y se cambiaba en lo que cada uno deseaba. *Sap.*, xvi, 20. Pero segun la explicación de Josefo y de otros comentaristas, esto significa solo que los que lo comían lo hallaban tan delicioso, que no deseaban otra cosa. Así, cuando los israelitas manifestaron disgusto por él, *Núm.*, xi, 6; xxi, 5, fué por inconstancia, por capricho, por un efecto del espíritu sedicioso que les era natural.

*[Para los israelitas constantemente sometidos á las órdenes del Señor, el *maná* tomaba los diferentes gustos que deseaban. Ahora bien; de todos los hebreos dependía participar del prodigio que diversificaba el gusto del *maná* para un corto número de sus hermanos, imitando su perfecta docilidad. El disgusto, pues, que manifestaron los hebreos por aquel alimento era inexcusable.]

Si causa admiración el que disgustados del *maná*, hubiesen deseado con tanta avidez las cebollas de Egipto, es porque se ignora que las cebollas, gracias al calor del clima, no ceden la preferencia en aquel país á las mejores frutas de Francia. Son mas dulces allí que en ninguna parte del mundo (Maillet, *Descripcion de Egipto*, t. 2, p. 103), y los turcos las prefieren á las de Tesalia. (*Viaje de Brown en la Tesalia*, p. 96.)

Para hacer desaparecer el milagro del *maná*, ha sospechado uno de nuestros célebres incrédulos que podía ser vino del cocotero, porque, en las Indias, sale de las yemas de este árbol un licor que se espesa por medio de la cocción, y se reduce á una especie de escarcha. Es lástima que este árbol nunca haya crecido en los desiertos de Arabia, y que el terreno en el cual habitaron los israelitas durante cuarenta años haya sido siempre absolutamente estéril, como lo es aun en el día; hubieran sido necesarios bosques enteros de cocoteros para alimentar durante tanto tiempo á unos dos millones de hombres; y permitido es dudar de si el alimento

de que se nos habla es muy sustancial. Podrán hacerse cuantas conjeturas y suposiciones se quiera, nunca podrá convencerse de que un pueblo inmenso haya podido vivir y multiplicarse en un desierto durante cuarenta años, sino milagrosamente.

No nos parece muy necesario reunir aquí las fábulas y delirios que los rabinos han forjado con respecto al *maná*. V. *Biblia de Avignon*, t. 2, p. 74.

Mancha. V. IMPUREZA LEGAL.

Mandaitas, ó cristianos de S. Juan. Es una secta de paganos mas bien que de cristianos, esparcida en Bassora, en algunos parajes de las Indias, en Persia y en Arabia, cuyo origen no es muy conocido, así como tampoco sus creencias.

Algunos escritores han creído que al principio eran judíos que habian habitado en las márgenes del Jordan, cuando S. Juan daba en él el bautismo, los cuales habian continuado practicando esta ceremonia todos los dias, razon por la cual se les llamó *hemero-baptistas*; y que despues de la conquista de la Palestina por los mahometanos se habian retirado á la Caldea y al golfo Pérsico; así es como Herbelot los ha representado en su *Biblioteca oriental*; pero esta conjetura no se halla apoyada por prueba alguna. En realidad, estos sectarios ni son cristianos, ni judíos, ni mahometanos.

Chambers dice que todos los años celebran una fiesta de cinco dias, durante los cuales van á recibir de mano de sus obispos el bautismo de S. Juan; que su bautismo comun se hace en los rios y solo el domingo, lo cual les ha hecho dar el nombre de *cristianos de S. Juan*. Pero se sabe que en todo tiempo los orientales han considerado las abluciones como una ceremonia religiosa y un simbolo de purificacion, y que entre los paganos el domingo era el *dia del sol*. Hasta aquí no advertimos entre los *mandaitas* señal alguna de cristianismo, y es abusar de la palabra llamar obispos á los ministros de su religion.

En la *Mem. de la Acad. de las Inscr.*, t. 12, en 4º, p. 16, y t. 17, en 12º, p. 23, M. Fourmont mayor dice que aquella secta se atribuye un origen muy antiguo, haciéndole llegar hasta Abraham; que desde tiempo inmemorial ha tenido simulacros, árboles y bosques sagrados, templos, fiestas, una jerarquía, un culto público, y aun una idea de la resurrección futura. Estas son muestras muy evidentes de politeísmo ó idolatría, y no de judaísmo ó cristianismo. Los astrólogos, que dominaban entre los *mandaitas*, forjaban dogmas ó los rechazaban, segun sus cál-

culos astronómicos. Los unos sostenian que la resurrección debia acaecer al cabo de nueve mil años, porque fijaban para este tiempo la revolución de los cuerpos celestes, otros no la esperaban sino hasta los treinta y seis mil cuatrocientos veinte y seis años. Varios admitian en el mundo, ó en los mundos, una especie de eternidad, durante la cual estos mundos eran destruidos y contruidos alternativamente. Todas estas ideas eran comunes entre los antiguos caldeos.

Se añade que los *mandaitas* hacen una mencion honorífica de S. Juan Bautista, que le consideran como uno de sus profetas, y pretenden ser sus discípulos; que su liturgia y sus demás libros hablan del bautismo y de algunos otros sacramentos que no se encuentran entre los cristianos. Si M. Fourmont hubiese ejecutado la promesa que hizo de darnos conocimiento de los libros de aquella secta que existen en la biblioteca real, y que están escritos en antiguo caldeo, la conoceríamos mejor. Pero ni este académico, ni Fabricio, que habla de los cristianos de S. Juan, *Salut. lux Evang.*, p. 110 y 119, nos enseñan si estos pretendidos cristianos tienen por principal objeto de su culto á los astros; si, por consiguiente, son verdaderos *sabeos* ó *sabaitas*, como se pretende. Hay una homilía de S. Gregorio Nazianceno contra los *sabeos*; el Alcorán habla tambien de esta secta, y Maimonides la ha citado con frecuencia; pero bajo el nombre de *sabeos* ó *zabeos*, entiendo este último á los idólatras en general: no sabemos por consiguiente si debemos aplicar á los *mandaitas* en particular lo que dicen estos varios autores, puesto que el culto de los astros ha sido comun á todos los pueblos idólatras. El sabio Assemani piensa, segun Maracci, que los *mandaitas* son verdaderos paganos, que han tomado algunas opiniones de los maniqueos, que solo han imitado en los cristianos el culto de la cruz, lo cual les ha hecho dar el nombre de cristianos. *Bibliot. orient.*, t. 4, p. 609. V. ASTROS, PAGANISMO, SABELISMO.

Mandamientos de Dios. Se da principalmente este nombre á los diez preceptos que Dios hizo grabar por Moisés en dos tablas de piedra como el fondo y sumario de la moral. V. DECÁLOGO. Jesucristo ha observado en el Evangelio que se reducen á dos, amar á Dios sobre todas las cosas, y al prójimo como á nosotros mismos. Este es el sumario de la moral cristiana, como tambien de la de los judíos; no fué desconocida á los patriarcas, puesto que es la ley natural: se encuentra todo en el libro de Job, y trae su origen desde

la revelacion primitiva que Dios habia dado á nuestros primeros padres.

Aunque esta ley nada ordena que no esté prescrito en la ley natural y conforme á la recta razon, ningun pueblo ha conocido perfectamente esta moral sino por la revelacion. Los filósofos mismos, con toda su sagacidad, han permanecido en el error sobre muchos artículos esenciales; la mayor parte han aprobado la venganza, la mentira, el infanticidio y la prostitucion; han desconocido el derecho de gentes, etc. V. MORAL.

Dios, sin derogar su sabiduría, su bondad, ni su injusticia ha podido dictar á los hombres otros *mandamientos*, darles leyes positivas, las cuales están obligados á obedecer luego que las conocen. V. LEYES DIVINAS POSITIVAS.

MANDAMIENTOS DE LA IGLESIA. Leyes que los obispos de la Iglesia han hecho en distintos tiempos para establecer el orden y la uniformidad, ya en el culto divino, ya en las costumbres; santificar las fiestas, asistir á la misa, observar la abstinencia y el ayuno en ciertos dias, respetar las censuras eclesiásticas, etc., son deberes que la Iglesia ha estado en derecho de imponer á los fieles, y á las cuales están obligados estos á satisfacer en conciencia.

En la palabra LEYES ECLESIASTICAS hemos probado que la Iglesia ha recibido de Jesucristo el poder de dar leyes; que necesitaba esta autoridad; que ha hecho uso de ella desde los apóstoles hasta nosotros; que de esto no resulta inconveniente alguno á la autoridad de los soberanos, ni al gobierno civil de los Estados: los clamores de sus enemigos contra las leyes de disciplina establecidas por la Iglesia son frivolos é injustos; incompetentes y nada respetuosas deben considerarse aquellas disposiciones civiles que invadiendo la jurisdiccion eclesiástica, y con menosprecio de sus leyes y mandamientos, alteran, suprimen ó reforman lo que ni es de su inspeccion, ni cae por consiguiente bajo su potestad. Así la legislacion que seculariza y deroga los mandamientos de la Iglesia; la que suprime por sí y ante sí alguno de ellos; la que anula lo establecido por una potestad superior é independiente á la suya; la que prescinde del necesario concurso de la potestad nata y legítima para llevar á cabo sus proyectos, tal *poder* funciona fuera de su órbita, es un *poder* extraño; y por consiguiente nulo é ilegítimo. Véase la adición al artículo MAGISTRADO.

Manes. Almas de los difuntos. La inscripcion *diis manibus*, que los paganos grababan

indistintamente en todos los sepuleros, demuestra que colocaban entre los dioses á los muertos, que á veces habian sido muy viciosos, y que tributaban honores divinos á unos personajes cuya memoria debió mas bien haber sido hollada.

A la verdad, los romanos solo concedian los honores del apoteosis á los emperadores; á estos solos se erigian templos y se tributaba un culto público; pero cada particular tenia el derecho de honrar del mismo modo en su casa á todos los difuntos que le habian sido caros: Ciceron, en su obra titulada *Consuelo*, no dice que habia hecho construir una capilla á los manes de su hija Tullia. En el vestibulo de todas las casas considerables habia un altar consagrado á los *dioses lares*, que creian ser los manes de los antepasados de la familia.

Para excusar esta conducta, algunos de nuestros filósofos han dicho que dando á las almas de los difuntos el nombre de *dioses*, los paganos entendian solo que se hallaban en un estado de beatitud; que con la muerte del cuerpo habian adquirido un poder y conocimientos superiores á los de los mortales; podian, por consiguiente, instruirlos ó ayudarlos, razones por las cuales se les tributaban honores, y se les invocaba poco mas ó menos como nosotros lo hacemos á los santos.

Esta comparacion no es exacta: 1º Los honores que se tributaban á los emperadores divinizados eran precisamente los mismos que los que se concedian á los *grandes dioses*, á los dioses de primer orden; unos y otros tenian templos, altares, fiestas, colegios de sacerdotes, y no se sabe hasta qué punto los particulares supersticiosos podian impunemente llevar el culto que tributaban á sus antepasados. Se sabe que hoy dia en la China el culto religioso se reduce poco mas ó menos á este solo objeto. Era degradar la Divinidad el confundir así su culto con el de los hombres ó *manes*.

2º Era absurdo suponer en el estado de beatitud á los que no lo habian merecido, y que mas bien debieran creerse atormentados por las furias en los infiernos. No sé podia dar á los vivos una leccion mas perniciosa que la de persuadirles que la virtud no era necesaria para ser felices despues de la muerte. Ya no vemos para qué servia el infierno descrito por los poetas, á no ser todo lo mas para castigar á los famosos bandidos que habian inspirado horror por sus crímenes.

3º Nada era mas inconsecuente que las

ideas de los paganos respecto al estado de los difuntos y el lugar donde moraban sus almas. La inscripcion *Sit tibi terra levis*, grabada en las tumbas, suponía que el alma del difunto estaba encerrada en ellas. ¿Podían atribuir mucho poder á un muerto, cuando temían que le aplastase el peso de la tierra que le cubría? ¿Creíanle muy feliz, cuando juzgaban que necesitaba alimento, que podría ser atraído por el olor de las víctimas, de los manjares, de las libaciones que se le ofrecían? Los poetas solo colocan al parecer en el eliseo las almas de los héroes; en cuanto á las de los demás hombres, ora fuesen virtuosos, ora viciosos, no se sabe qué era de ellas.

Se suponía al principio que las buenas almas de los antepasados habitaban con su familia y la protegían; que las de los malvados, que se llamaban *larvas* ó fantasmas, erraban sobre la tierra, donde venían á espantar é inquietar á los vivos. Esta opinion debía dar una idea harto mala de la Justicia divina. Las ceremonias nocturnas que se empleaban para aplacarlas, las amenazas que hacían las personas subyugadas por alguna pasión de venir despues de su muerte á atormentar á sus enemigos, debían ser para los paganos un continuo motivo de temor é inquietudes; siempre estaban en la misma agitación que los espíritus débiles y pusilánimes experimentan entre nosotros.

De aquí resulta que la creencia de la inmortalidad de las almas no tenía casi influencia alguna sobre las costumbres de los paganos, pues no servía mas que para turbar su reposo. Era pues muy necesario que Dios nos iluminase sobre este punto muy importante por las luces de la revelación; lo que acerca de esto nos enseñan los libros sagrados es bajo todos conceptos mas razonable, mas consolador, mas propio para hacernos virtuosos que cuanto han dicho los filósofos: no sabían estos mas que el pueblo sobre el estado de las almas despues de la muerte.

No se necesita una larga discusión para demostrar que el culto tributado á los santos en el cristianismo no está sujeto á ninguno de los inconvenientes que vituperamos en el que se rendía á los *manes*. Nosotros no colocamos entre los bienaventurados mas que á las personas que han edificado al mundo con virtudes heroicas, y cuya santidad ha sido probada por milagros; no les tributamos el mismo culto que á Dios, puesto que no les atribuimos otro poder que el de interceder por nosotros junto á él; lo que la fe nos enseña respecto de esto no puede cau-

sarnos temor ni inquietud, sino mas bien confianza en Dios y tranquilidad.

No se advierten entre los patriarcas, ni entre los judíos, ninguno de los abusos que los paganos practicaban con respecto á los muertos; estaba severamente prohibido á los judíos evocar é interrogar á los difuntos, *Deut.*, xviii, 11, y hacerles ofrendas, xxvi, 14. Al que había tocado un cadáver se le juzgaba impuro. Tobias dice á su hijo: « Comed vuestro pan con los pobres, y cubrid su desnudez con vuestros vestidos; colocad vuestro alimento sobre la sepultura del justo, y no lo comais con los pecadores. » *Tob.*, iv, 17. No se trata aquí de una ofrenda hecha al difunto, sino de una limosna hecha á los pobres por la intención del difunto. Véase DIFUNTOS, EVOCACION.

Siempre es útil comparar los errores de las naciones paganas con las ideas mas justas que han tenido los pueblos esclarecidos por la revelación; si los incrédulos se hubieran tomado este trabajo, hubiesen sido menos temerarios. Hay en las *Mem. de la Acad. de las Inscr.*, t. 1, en 12^o, p. 33, una buena disertación sobre los *lemures*, *manes*, ó almas de los difuntos; tambien se puede consultar á Windet, de *Vita functorum statu*. V. NIGROMANCIA.

Manguitas. Religiosas hospitalarias del orden de servitas, instituidas por S. Felipe Benicio, hácia el año 1287; santa Juliana Falconieri fué la primera religiosa, y se llamaron *manguitas*, á causa de las mangas cortas que llevan para servir con mas facilidad á los enfermos y ejercer otras obras de caridad. Esta institucion se extendió por Italia, donde tuvo origen, y en Austria. V. SERVITAS.

Manifestarios. Secta de anabaptistas que aparecieron en Prusia en el siglo pasado; se llamaban así porque creían que era un crimen negar ó disimular su doctrina, cuando eran interrogados. Los que pensaban, por el contrario, que les era permitido ocultarlo, fueron llamados *clancularios*. V. ANABAPTISTAS.

Manípulo. V. VESTIDURAS SAGRADAS.

Maniqueísmo. Sistema de Manés, heresiarca del siglo III, que admitía dos principios creadores ó formadores del mundo, uno bueno y autor del bien, otro malo y causa del mal; es lo que llamamos por otro nombre *dualismo* ó *diteísmo*. Este sistema, por absurdo que sea, ha durado tanto tiempo, ha tomado tantas formas diferentes, ha sido atacado por hombres tan célebres, que no podemos dispensarnos de examinarlo con

atención. Consideraremos: 1^o el origen del *maniqueísmo*; 2^o los errores que contenía; 3^o sus progresos y su duración; 4^o probaremos que es absurdo bajo todos conceptos, y que no puede resolver ninguna dificultad; 5^o veremos cómo le han atacado en estos últimos tiempos; 6^o demostraremos que ha sido mejor refutado por los PP. de la Iglesia que por los filósofos; 7^o examinaremos la apología que Beausobre ha querido hacer de él.

I. *Origen del maniqueísmo.* Se concibe desde luego que la dificultad de conciliar la existencia del mal con la bondad del Criador, es lo que ha conducido á los razonadores á suponer dos principios eternos, uno de los cuales ha producido el bien, y otro ha hecho el mal. Difícil sería averiguar quién fué el primer autor de esta doctrina impía, seguida por la mayor parte de los filósofos orientales, sobre todo por los de Persia que se llamaron *magos*. La revelación nos ha dado á conocer lo absurdo de esa doctrina, enseñándonos que un solo Dios Todopoderoso ha criado todas las cosas. Dios dice con frecuencia á los judíos: « Yo soy quien doy la vida y la muerte, quien hiere y cura. » *Deuteron.*, xxxii, 39, etc. Dice por medio de Isaías: « Yo soy quien he criado la luz y las tinieblas, quien da la paz y hace los males, » xlv, 7. Estas palabras se dirigen á Ciro, cerca de un siglo antes de su nacimiento, como si Dios hubiese querido tenerle en guardia contra las lecciones de los magos que fueron maestros suyos. Tobias, trasportado á las cercanías de Persia, decía asimismo: « Vos sois, Señor, quien aflige y quien salva, quien conduce á la tumba, ó nos saca de ella, » xiii, 2. Mas los filósofos no podían comprender como un Dios bueno ha hecho el mal.

Manés nació en Persia el año 240. Según los autores eclesiásticos, compróle siendo niño una viuda muy rica, que le hizo instruir con cuidado; leyó los libros de un árabe llamado Scitiano ó de un discípulo de este cuyo nombre era Buddas, y de ellos sacó su sistema. Sócrates, *Hist. ecles.*, l. 1, c. 22. Mas, según los historiadores orientales, Manés era mago de origen, y había sido educado en la religión de Zoroastro; se instruyó en todas las ciencias cultivadas por los magos; poseía la geometría, la astronomía, la música, la medicina, la pintura, y se distinguió por estos talentos. Abrazó el cristianismo en la edad madura, leyó la Escritura Sagrada, y aun se pretende que fué elevado al sacerdocio; emprendió la reforma simultánea de los magos y de los cristianos, ó bien quiso conciliar ambas religiones: cuando se ad-

virtió que alteraba la fe cristiana, fué arrojado de la Iglesia. *Mem. de la Acad. de las Inscr.*, t. 56, en 12^o, p. 336 y sig. Pero S. Cirilo de Jerusalén, que escribía solo setenta años despues de Manés, no conviene en que este heresiarca haya sido nunca cristiano. *Cat.* 6, nota 26 de Grancolás.

Manés no fué pues creador del sistema de los dos principios. Si creemos á Plutarco, esta doctrina se remonta á la mas remota antigüedad, y se encuentra en todas las naciones. En su tratado de *Isis* y de *Osiris*, Plutarco atribuye el *dualismo*, no solo á los persas, caldeos, egipcios y al comun de los griegos, sino tambien á los filósofos mas célebres, como Pitágoras, Empedócles, Heráclito, Anaxágoras, Platon y Aristóteles.

Spencer, en su disertación de *Hirco emiss.*, c. 19, sec. 1, habla lo mismo que Plutarco. « Los egipcios, dice, llamaban al dios bueno *Osiris* y al malo *Tyfon*. Los hebreos supersticiosos dieron á estos dos principios los nombres de *Gad* y de *Meni*, la buena y mala fortuna, y los persas llamaron al primero *Oromasdo* ó mas bien *Ormuzd*, y al segundo *Ahriman*. Los griegos tenían tambien sus buenos y malos espíritus; los romanos sus *joves* ó *vejoves*, es decir, dioses benéficos y dioses maléficis. Los astrólogos indicaron la misma opinion por medio de signos ó constelaciones, unas favorables, otras malignas; los filósofos con sus principios contrarios, particularmente los pitagóricos, con su *monada* y su *diada*, etc. »

Windet, en su disert. de *Vita functorum statu*, p. 13 y sig., hace la misma observación, y dice que se descubren vestigios de este sistema en todo el Oriente, hasta en las Indias y en la China. Beausobre, en su *Historia crítica de Maniqueo y del maniqueísmo*, ha citado estos autores, y parece pensar como ellos.

Nos parece que todos estos sabios han abusado de su erudición. No han establecido bastante diferencia entre los que han admitido dos principios eternos act'vos, y los que han considerado la materia eterna como un principio pasivo; entre los que han supuesto dos principios increados é independientes uno de otro, y los que los han considerado como seres creados y secundarios subordinados á una causa primera y única. Así es que, según el mismo Plutarco, los egipcios admitían un Dios supremo criador, á quien llamaban *Cneph* ó *Cnuphis*, y su fábula sobre *Osiris* y *Tyfon* no tiene un sentido muy claro. Zoroastro, cuyas obras poseemos ahora, enseña que el buen y mal principio han sido produ-